

MIGUEL PÉREZ CORRALES: *Pirene dieciochesca. (La literatura portuguesa del siglo XVIII y sus relaciones con la española)*, Tenerife: Argonauta, 2000, 188 pp., ISBN: 84-607-0563-3.

Conocida es ya la valiosa trayectoria investigadora y docente de Miguel Pérez Corrales, reflejada en publicaciones de la importancia de *Agustín Espinosa, entre el mito y el sueño* (Cabildo Insular de Gran Canaria, 1986) junto con la recopilación de *Textos (1927-1936)* de este mismo escritor (en colaboración con Alfonso de Armas Ayala, Aula de Cultura de Tenerife, 1980) o *Entre islas anda el juego: nueva literatura y surrealismo en Canarias, 1927-1936* (La Edad de Oro, 1999), aparte de sus cuidadas ediciones de *Los meses*, de Viera y Clavijo o de la *Carta de Lisboa*, del Vizconde de Buen Paso.

Recientemente, y en una nueva muestra de su buen hacer, ha sacado a la luz dos trabajos sobre la literatura portuguesa y sus relaciones con la española, unidos ambos bajo el epígrafe común de *Pirene*, claro homenaje al escritor luso Fidelino de Figueiredo, que lo utilizó previamente como título para un libro sobre estos mismos temas.

Pérez Corrales ha desglosado su investigación en dos volúmenes, dedicado el segundo al período romántico (sobre el que trataremos próximamente) y el primero al siglo XVIII, de ahí esa denominación de *Pirene dieciochesca*, que luego se aclara en el subtítulo *La literatura portuguesa y sus relaciones con la española*.

Se trata de un amplio estudio, distribuido por géneros, si bien con especial protagonismo de la poesía, aunque la narrativa y el teatro también cuentan con su correspondiente análisis. Hay que mencionar, además, una ilustrativa introducción, en la que se señala el decisivo papel del marqués de Pombal (del que se dice que fue «el ministro más hábil e inteligente de Europa»), tanto en la historia como en la cultura portuguesas, así como la escasez de relaciones entre ambas literaturas y la falta de producciones verdaderamente importantes, si se toma las de otras épocas como referencia. Y, aún dentro de esa introducción, son notables los comentarios sobre figuras como Luís António de Verney, autor de un *Verdadeiro Método de Estudar*, o de Ribeiro Sánchez —que también se ocupó de la educación de los jóvenes—, o sobre la prensa y Academias del XVIII.

Entrando ya en el ámbito de la poesía, apunta Pérez Corrales una notable influencia barroca durante la primera mitad del XVIII que produjo una gran recopilación en cinco volúmenes, *Fénix Renacida*, aparecida entre 1716 y 1728, en la que se inspiró el Vizconde de Buen Paso para su «Soneto al Teide» (1732) y su *Soledad escrita en la isla de la Madera* (1733). Y, tras ocuparse de dos figuras de jocosos apodos, como son el «Camoés del Rossio» y «o Corvo de Mondego», recordando el obscuro poema heroico-jocoso del primero sobre el confesor del rey, y las flojas *Rimas* del segundo, así como las aportaciones teóricas de su *Arte Poética* (1765) y su *Teatro da Eloquencia*, no echa en olvido el *Arte Poética* compuesta en 1748 por Candido Luisitano, «El Luzán Portugués», que sigue muy de cerca su modelo español.

Constata Pérez Corrales el importante papel de la Academia lusitana, que se caracterizó por su postura crítica y su carácter oficial —hasta el punto de asistir Pombal a algunas de sus sesiones—, en cuyo seno surgieron excelentes producciones como la *Cantata de Dido*, de Correia Garção, la mejor producción de la escuela arcádica, en opinión del investigador, al igual que el poema heroico-cómico *Hisopo*, de António Dinis da Cruz e Silva, que puede considerarse la mejor sátira de la literatura portuguesa. En el campo de la fábula se recuerda a Curvo Semedo, imitador de La Fontaine, al que tradujo en redondillas, y al que, por su exagerada afición al uso de diminutivos, Bocage, llamó burlescamente «poeta do rei de Lillipute».

Otra de las figuras más interesantes consideradas en este panorama dieciochesco es la de Filinto Elísio, quien, tras la caída de Pombal y huyendo de la Inquisición, vivió un largo exilio en París, donde compuso buena parte de su extensa producción, recogida en once volúmenes, en la que cabe subrayar su feroz ataque al clero y la libertad de su lenguaje que hacía escandalizarse a Menéndez Pelayo, que lo acusaba de «difundir en Portugal cierto liberalismo de taberna y de cuartel». Y en una actitud no muy lejana a la suya se cita a José Agostinho de Macedo, autor de poemas didácticos como *Newton* y *A Creação*, si bien destacó especialmente por sus composiciones satíricas, como *Os burros ou o reinado da sandice*, y otros panfletos no menos explosivos, como su *Motim literario*, en el que atacaba a toda autoridad literaria y científica.



Advierte Pérez Corrales que hacia la mitad del siglo XVIII se produce una revolución que enfrenta a contrarios tan diversos como el artificio y la naturaleza, la razón y la pasión y la conciencia y el sueño, que tiene como resultado una reacción contra toda la tradición literaria originada en el mundo clásico. Y, dentro de este contexto, sitúa a tres figuras como las del notable matemático e ilustrado Anastácio da Cunha, cuyo estilo fue calificado de «balbuciente» por sus sinónimos, superlativos y exclamaciones, y cuyos poemas eróticos convulsionaron la sociedad de la época por su vehemencia y por su desafío a las instituciones, siendo procesado por la Inquisición. Junto a él, cabe recordar a la marquesa de Alorna, famosa por sus múltiples traducciones de textos de varias lenguas, aunque nunca del español, que sufrió prisión en el periodo pombaliano y de la que son notables sus *Recreações Botánicas* y su *Soneto a Robertson, subiendo en globo*. Pero mucho más significativo fue Manuel María Barbosa du Bocage, que podría considerarse el mejor escritor portugués del siglo ilustrado y puente entre Camoes y Antero de Quental. Hombre bohemio, desafiante y magnífico improvisador, en él se sintetizan todas las corrientes poéticas de su época, y su dominio del verso permitió al poeta brasileño Olavo Bilac considerarlo «el máximo cincelador de la métrica». Por otra parte, la emotividad tenebrosa de sus sonetos hacía que Vitorino Nemesio los viese como «disposiciones de última voluntad» y su inigualable producción erótica y satírica lo convierten en el dueño de un poder verbal absolutamente explosivo, en opinión de Pérez Corrales. Destaca el crítico sus *Cartas de Olinda a Alzira*, que considera un insólito e insolente canto al amor carnal y una obra cimera del librepensamiento dieciochesco. Y no menos importante es su *Epístola a Marília*, más conocida por su primer verso que dice: «Pavorosa ilusao da eternidade», clara defensa de la libertad, que supuso el fin de la suya, pues dio pie para su encarcelamiento, lo que no impidió que circularan miles de manuscritos de la misma y fuera su obra más leída. También fueron muy celebradas sus composiciones de humor negro, como la dedicada a la inmensa nariz de una estanquera, al enterrador que vendía hígados de muertos a un pastelero, sus poemas de cornudos y sus epigramas contra los médicos. Y no echa en olvido el investigador su traducción de *Les Jardins*,

del francés Delille, que superó a la realizada por Viera y Clavijo, ni sus habilidades como fabulista, seguidor de La Fontaine, o de Iriarte, ya que compuso cinco fábulas literarias a la manera del escritor canario.

Muy diverso es, como señala M. Pérez Corrales, el panorama de la prosa de este periodo, en el que, si bien no hay figuras equiparables ni a Cadalso ni a Torres Villarroel, no obstante, pueden mencionarse algunos nombres como el de Lucas de Santa Caterina, cuyo *Anatómico jocosos* constituye una disección o mejor una autopsia de la sociedad portuguesa de su tiempo, en opinión de una de las mejores conocedoras de su obra, Graça Almeida Rodrigues. En efecto, los tres volúmenes de cartas jocosas, sátiras, farsas y entremeses que componen su producción, dan una visión muy certera del panorama de la corte y la sociedad lusa de aquellos momentos, en el que palpitaba un tema sumamente escandaloso: el de las monjas y la vida poco edificante que llevaban algunas de ellas, convertidas en auténticas hurfes del serrallo real y de algunos nobles (de todos era conocido que la amante de Joao v era una monja y que tenía tres hijos de otras tres). Además, en relación con esto, había aparecido una figura que era la de los «freiráticos», individuos de los que se aprovechaban monjas y alcahuetas, y a los que Lucas de Santa Caterina intenta en sus escritos disuadir de tan parásitas compañías. Y en relación con esto se nos viene a la memoria que también nuestro Vizconde de Buen Paso, durante su estancia en Lisboa, fue víctima de esta situación, ya que estuvo a punto de tomar por esposa a una joven que estaba en un convento y cuya familia se aprovechó muy intensamente de las buenas intenciones de don Cristóbal del Hoyo, sacándole todo lo que pudo.

Otra figura que destaca Pérez Corrales por su habilidad en el género epistolario es António da Costa, cuyas cartas considera el crítico Teófilo Braga «las páginas más vivas de la literatura portuguesa del siglo XVIII».

Y, en acertada comparación con nuestro Vizconde de Buen Paso, cita Pérez Corrales al Caballero de Oliveira, dadas las numerosas coincidencias existentes entre ambos, si bien, en opinión del crítico, el canario es infinitamente más *personaje* y menos *burgués* que el luso. Entre los aspectos que los unen está la persecución desatada contra ambos por la Inquisición, y en el caso del portugués,



fue tan tremenda, pues quemaron todas sus obras y una efigie suya, de lana, a falta de poder chamuscar al interesado, que optó por no regresar ya a su país, quedándose a vivir el resto de sus días en Inglaterra, convirtiéndose al protestantismo. También de él fueron muy elogiadas sus cartas, hasta el punto que don José María de Cossío las consideraba «amenísimos, deliciosos anecdotarios, plenos de humano interés y documentos preciosos». Al Caballero de Oliveira, al que protegió Pombal durante su exilio londinense, se debe una obra, por encargo del mismo gobernante, en la que atacaba duramente a los jesuitas, que fue editada, bajo seudónimo, en 1767. Por otra parte, su *Tratado do Anti-Cristo*, escrito ya al final de su vida, supuso una ridiculización de todos los rituales cristianos, visión que también compartía, como es sabido, el Vizconde de Buen Paso.

Acerca del teatro, tampoco puede señalar Pérez Corrales un panorama excesivamente brillante, ya que, como bien constata, no hay producciones de excesiva valía durante la primera mitad del XVIII, en la que es clara la influencia italiana y española. Sólo un nombre destacable, el de António José da Silva, apodado «el Judío», que fue quemado por la Inquisición, pero que dejó alguna pieza interesante, como su *Vida do grande Don Quixote y As guerras do Alecrim e Manjerona*, siendo su mayor logro el haber prescindido del verso en el diálogo teatral.

Y no puede olvidarse, como señala el investigador, la importancia que Pombal concedía al teatro, consciente de sus repercusiones sociales y de su utilidad para cambiar la mentalidad del país, de ahí que propiciara una versión del *Tartufo* y, tras el terremoto, tuviera especial empeño en la reconstrucción de las salas de espectáculos, rehabilitara la profesión de los actores y regulase las normas de funcionamiento de los teatros.

La segunda mitad del XVIII está marcada por la aparición del teatro didáctico, que contrasta con el teatro de magia, mucho más espectacular e inverosímil, y se pone de moda un teatro intelectual, con temas burgueses, entre los que destaca el tema de la nobleza, como puede apreciarse en varias obras como *Assembleia ou Partida*, de Correia Garçao, o *João Fernandes feito homen*, de Manuel de Figueiredo y *O falso heroísmo*, de Cruz e Silva. Y tanto las tragedias como las comedias, al igual que las españolas de este tiempo, carecen de auténtica fuerza dramáti-

ca. Quizá una excepción, como bien apunta Pérez Corrales, sea esa pieza de Garçao, *O teatro novo*, en la que una serie de personajes discuten sobre el teatro mismo, transparentando, a través de sus diálogos, el ideario del autor sobre este género, del que deja patente su papel didáctico y su carácter literario, basado en lo clásico y en lo portugués, lo que, en opinión de Pérez Corrales, lo aproxima más a Tomás de Iriarte que a Moratín. Y no puede dejarse en olvido otra pieza, *Os censores do teatro*, de Manuel de Figueiredo —autor de numerosas tragedias volterianas y comedias realistas, fracasos en su totalidad—, en la que aparecen dos grupos de personajes que discuten sobre el teatro, condenan el mal gusto portugués, aficionado a las comedias españolas, el teatro mágico y las óperas italianas. Además, y como último empujón, en 1777 la reina María, tras la caída de Pombal, prohíbe a las mujeres actuar en los teatros públicos, debiendo ser sus papeles representados por hombres, lo que supuso un retroceso decisivo para el teatro de la época.

Cerrando ya su libro, Pérez Corrales, tras dedicar un sincero elogio a la investigadora francesa Marie-Hélène Piwnik, por sus valiosos trabajos sobre las relaciones hispanolusas de este periodo, ofrece un amplio panorama de los contactos entre grandes figuras de la cultura de Portugal y España, tanto personales como epistolares. Y en esa nutrida nómina se menciona los nombres del propio Pombal, Manuel do Cenáculo, José de Mascarenhas, Miguel Lopes Caldeira, António José da Cunha, Tomás Caetano de Bem, Francisco de Almeida Mascarenhas, y algún otro, por la parte lusa, mientras que por la española se cita a Mayans y Siscar, Campomanes, Juan Bautista Muñoz, Pérez Bayer, Rafael y Pedro Mohedano, José Banqueri, Pedro Jiménez y Sebastián Sánchez. Joseph Martínez Moreno y a nuestro Vizconde de Buen Paso, cuya estancia en Portugal fue decisiva en su biografía.

Se trata, pues, de un valioso estudio, que aporta una información tan interesante como profunda sobre el panorama literario del siglo XVIII, con citas muy bien situadas y comentarios tan lúcidos como personales que animan a sumergirse en el sugerente mar, tan próximo como poco conocido, de la literatura portuguesa.